

PIOTR KROPOTKIN

Fijaos en la Naturaleza

Ética: Origen y evolución de la moral

Traducción del ruso de NICOLÁS TASIN

Prólogo de ÁLVARO GIRÓN SIERRA

Introducción de NIKOLÁI LEBEDEF

ÍNDICE

LA ÉTICA DE KROPOTKIN: HISTORIA DE UN TESTAMENTO VITAL.

Álvaro Girón Sierra, 7

INTRODUCCIÓN. Nikolái Lebedeff, 31

1. Necesidad contemporánea de desarrollar los fundamentos de la moral, 39

Progresos de la ciencia y la filosofía en los últimos cien años — Progreso de la técnica actual — Posibilidad de elaborar una Ética sobre la base de las ciencias naturales — Las modernas teorías morales — Error fundamental de los actuales sistemas éticos — Teoría de la lucha por la existencia; su interpretación errónea — El apoyo mutuo en la Naturaleza — La Naturaleza no es amoral — De la observación de la Naturaleza el hombre recibe las primeras lecciones morales

2. Visión de conjunto de los fundamentos de una nueva Ética, 59

Obstáculos que se oponen al progreso moral — Desarrollo del instinto de comunidad — Fuerza inspiradora de la Ética evolucionista — Ideas y concepciones morales — El sentimiento del deber — Dos clases de acciones morales — Significado de la actividad personal — Necesidad de la creación propia — Apoyo mutuo, justicia y moralidad como fundamentos de la Ética científica

3. El principio moral en la Naturaleza, 75

Origen del sentimiento moral en el hombre, según la teoría de Darwin — Gémenes del sentimiento moral en los animales — Origen del sentimiento del deber en el hombre — El apoyo mutuo como fuente de los sentimientos éticos en el hombre — La sociabilidad en el mundo animal — Relaciones de los salvajes con los animales — Desarrollo del concepto de justicia entre las tribus primitivas

4. Las concepciones morales de los pueblos primitivos, 109

Desarrollo del instinto social entre los salvajes — Dualismo de las leyes morales entre los pueblos salvajes: leyes «obligatorias» y leyes cuya observancia es solo «deseable» — Medios de coerción individual entre los salvajes — Establecimiento de usos y costumbres útiles a la comunidad — Organización y justicia de la tribu — División de la sociedad en clases y grupos y aspiraciones de dominación de unos sobre otros — Evolución de los conceptos morales primitivos — Necesidad de investigar esta evolución y de definir las bases fundamentales de la Ética

5. Evolución de las doctrinas morales. La Antigua Grecia, 133

*Concepciones morales de los antiguos griegos
— La doctrina moral de los sofistas — Sócrates — Platón —
Aristóteles — Epicuro — Los estoicos*

6. La Ética del cristianismo, 163

*El cristianismo: causas de su aparición y de su éxito —
El cristianismo como religión de la pobreza — Cristianismo y budismo —
Diferencia fundamental entre estas religiones y las precedentes — Ideal social del
cristianismo — Transformaciones del cristianismo primitivo*

7. Ideas morales de la Edad Media y del Renacimiento, 179

*Influencia del cristianismo en la Edad Media — Alianza de la Iglesia y el Estado
— Protestas populares contra el yugo eclesiástico y feudal — La lucha del pueblo
contra las instituciones oficiales — Ciudades libres y movimientos religiosos (albigenses, lolardianos, husitas) — La Reforma — El Renacimiento — Copérnico y*

Giordano Bruno — Kepler y Galileo — Francis Bacon — La doctrina moral de Bacon — Hugo Grocio — Progreso de las doctrinas morales en el siglo xvi

8. Evolución de la Ética de Hobbes a Spinoza y Locke, 197

Las dos direcciones de la Ética moderna — Hobbes y su doctrina moral — Cudworth y Cumberland — La Ética de Spinoza — John Locke — Clarke — Leibniz

9. Teorías morales francesas de los siglos xvii y xviii, 219

Comienzos de la nueva filosofía en Francia — Montaigne y Charron — Descartes — Gassendi — Bayle — La Rochefoucauld — La Mettrie — Helvecio — Holbach — Los enciclopedistas — Morelly y Mably — Montesquieu — Voltaire y Rousseau — Turgot y Condorcet

10. La Ética del sentimiento de Shaftesbury a Adam Smith, 237

Shaftesbury — Carácter original del sentimiento moral — Influencia de Shaftesbury en la Ética posterior — Hutcheson y la escuela escocesa — David Hume — Estudio empírico de las tendencias humanas — Adam Smith — La moral fundada en el sentimiento de simpatía

11. La filosofía moral de Kant y sus sucesores alemanes, 259

Evolución de las doctrinas morales en Alemania — Kant — La voluntad y el imperativo categórico en Kant — La metafísica de las costumbres — Fichte — Schelling — Hegel — Schleiermacher

12. Teorías morales de la primera mitad del siglo xix, 275

Doctrinas morales de los pensadores ingleses de la época — Mackintosh y Stewart — Bentham — John Stuart Mill — Schopenhauer — Victor Cousin y Jouffroy

— *Auguste Comte y el positivismo* — *El culto a la humanidad* — *La moral del positivismo* — *Littré* — *Feuerbach*

13. La Ética del socialismo y del evolucionismo, 301

Evolución del concepto de justicia — *Ética del socialismo* — *Fourier, Owen y Saint-Simon, Proudhon* — *Ética del evolucionismo* — *Darwin y Huxley*

14. Teorías morales de Spencer, 327

Problemas de la Ética evolucionista — *Evolución de los conceptos morales del hombre desde el punto de vista sociológico* — *Egoísmo y altruismo* — *Justicia y beneficencia* — *El Estado y su papel en la vida social*

15. La Ética de Guyau, 361

La moral sin obligación ni sanción — «*Fecundidad moral*» — *El espíritu de sacrificio* — *Plenitud de vida y deseo de riesgo y de lucha* — *El carácter individualista de la moral de Guyau* — *Necesidad de fundar la moral desde el punto de vista sociológico*

CONSIDERACIONES FINALES, 371

PRÓLOGO

LA ÉTICA DE KROPOTKIN: HISTORIA DE UN TESTAMENTO VITAL

Por Álvaro Girón Sierra*

EL 8 DE MARZO de 1927 Marie Goldsmith, brillante bióloga rusa y amiga personal de Piotr Kropotkin (1842-1921), escribía desde Rusia una carta a uno de los más grandes historiadores del anarquismo, Max Nettlau. En ella le anunciaba el envío por correo del primer volumen del libro que Kropotkin había publicado póstumamente sobre ética. Y hacía una significativa referencia al segundo volumen: será publicado en forma de fragmentos aislados aunque, eso sí, siguiendo un plan. Era lo que parecía inferirse del propio manuscrito inacabado del libro. Esta segunda parte, seguramente fragmentaria, nunca llegó a publicarse. El prologuista pide encarecidamente que alguien culmine esa tarea inconclusa. Al lector le queda el placer de leer el primer volumen de su gran obra, que en sí misma es un logro formidable.

¿Quién era Kropotkin? La biografía del llamado príncipe anarquista combina a partes iguales el logro intelectual y científico con el aura romántica. Miembro de la más rancia aristocracia rusa, paje del zar, militar y explorador de Siberia, acabó por romper sus lazos familiares y de clase uniéndose al movimiento libertario. De he-

* Institución Milá y Fontanals - csic.

cho, se convirtió en el propagador más importante del comunismo anarquista, convirtiéndose en la figura internacional de referencia del movimiento hasta el advenimiento de la Gran Guerra, cosa por la cual fue objeto de una crítica recurrente: la aceptación acrítica de sus ideas inhibía el debate dentro de las filas ácratas.

Su influencia, además, desbordó los límites de la militancia anarquista, alcanzando públicos a los que raramente accedía un libertario. Era una firma relativamente habitual en *The Times*, *Nature* o en la más prestigiosa de las «monthly reviews» británicas, *The Nineteenth Century*. Geógrafo eminente, fue miembro de la British Society for the Advancement of Science y de la Royal Geographical Society, y redactó folletos, artículos y libros sobre temas tan diversos como el cultivo intensivo, la literatura rusa, la Revolución francesa o el sistema de prisiones y su influencia sobre los presos. Pero sobre todo es conocido por un libro: *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución* (1902), objeto de continuas reediciones en varios idiomas, que muchos han visto como una suerte de refutación del darwinismo social y que otros, desde una perspectiva distinta, vemos como un intento de ensanchar el consenso darwiniano a partir de una lectura crítica de Darwin. De hecho, los jóvenes hermanos Kropotkin debatían sobre evolucionismo desde una fecha tan temprana como 1858. Esa particular lectura de Darwin se pone al servicio de un gran proyecto intelectual: es una de las sólidas rocas sobre las que el anarquista ruso construyó su ética, la columna vertebral de su legado vital y político, si es que estos se pueden distinguir.

Para un historiador como yo, que ha manejado material tan sensible como la correspondencia, estudiar críticamente la figura del príncipe anarquista ha representado y representa una tarea ciclópea. No solo porque el libertario ruso fue un gigante intelectual de muy variados intereses que además escribía en distintos idiomas cuidando mucho qué se quería decir en cada mercado editorial, sino, sobre todo, por lo difícil que es distanciarse de una personalidad particularmente atractiva. Este mismo sentimiento

era compartido por muchos de sus contemporáneos, cuyas vidas cambiaron debido a la lectura de sus folletos y libros, o al contacto personal. Sus impresiones casi siempre coincidían: sus concepciones éticas y su propio comportamiento eran de una sola pieza. Así lo expresaba Rudolf Rocker, una de las grandes figuras del anarquismo internacional y amigo personal de Kropotkin, en su libro autobiográfico *The London Years*:

Fue en su vida personal y sus relaciones personales el mismo hombre que escribió *El apoyo mutuo*. No existía fractura entre el hombre y su trabajo. Hablaba y actuaba en todas las cosas como sentía, creía y escribía. Kropotkin era un hombre íntegro. Él fue uno de los más grandes acontecimientos de mi vida.

La moral personal era puesta claramente en relación con una exigencia revolucionaria. En su correspondencia habla de que para llamarse a sí mismo socialista, uno ha de vivir lo más sobriamente posible, no ganar sino lo estrictamente necesario para sobrevivir y dedicar el resto del tiempo a la obra de la revolución. Quizás estos propósitos no parezcan una gran novedad si los contrastamos con las ideas expresadas públicamente por la extensa galería de «santos laicos» del anarquismo. De hecho, algunos autores han visto este moralismo de Kropotkin con ojos más críticos. Tal era el caso del escritor Ernest Belfort Bax. En su libro autobiográfico *Reminiscences and Reflections of a Mid and Late Victorian* (1918), mostraba su sorpresa al advertir en el ruso tanto la «creencia en la ética individualista-introspectiva propia del puritanismo burgués ordinario» como la idea de que «la autoinmolación a través del ascetismo» tenía un «intrínseco valor en sí mismo». Sin embargo, y dejando alabanzas y críticas de la personalidad del príncipe anarquista aparte, no era tan usual asumir, como lo hacía Kropotkin, que una de las tareas de los revolucionarios era mejorar la raza haciendo que las «buenas cualidades» pasasen al estado de hábito. El hombre nuevo debía serlo en el sentido más radical de la expre-

INTRODUCCIÓN

LA ÉTICA* ES EL canto de cisne del gran sabio humanista y revolucionario anarquista, y viene a constituir el coronamiento y la conclusión de todas las concepciones científicas, filosóficas y sociales de P. A. Kropotkin, elaboradas en el curso de su larga y extraordinaria vida. Desgraciadamente, la muerte sorprendió a Kropotkin antes de que su obra estuviera totalmente terminada y a mí me incumben, cumpliendo su voluntad, el deber y la responsabilidad de darla a conocer al público.

Al publicar el primer tomo de la *Ética* me parece necesario añadir algunas palabras que familiaricen al lector con la historia de esta obra.

En su *Ética*, Kropotkin ha querido responder a dos cuestiones fundamentales: ¿cuál es el origen de las concepciones morales en el hombre? y ¿cuáles son los fines a los que tienden las normas y preceptos de la moral? Consiguientemente, dividió su obra en dos partes: la primera dedicada al esclarecimiento del origen y desarrollo histórico de la moral, y la segunda consagrada a la exposición de las bases y finalidades de la *Ética* realista.

Únicamente le fue posible terminar el primer tomo, y ni siquiera en su forma definitiva. De algunos capítulos del primer

* La primera parte de la misma, única que logró terminar el autor, forma el presente volumen: *Ética: Origen y evolución de la moral*.

tomo había escrito únicamente el borrador. El último capítulo, en el cual habían de exponerse las concepciones éticas de Stirner, Nietzsche, Tolstói, Multatuli y otros moralistas contemporáneos sobresalientes, no llegó a ser escrito.

Para el segundo tomo de la *Ética* Kropotkin llegó tan solo a escribir (en inglés) algunos ensayos —completamente terminados—, que se proponía publicar previamente como artículos en revistas, y diversas notas y borradores. Entre los ensayos cabe mencionar: *Primitive Ethics* [Ética primitiva], *Justice* [Justicia], *Morality and Religion* [Moralidad y religión], *Ethics and Mutual Aid* [Ética y Apoyo mutuo] y *Origen of Moral Motives and Sense of Duty* [Origen de los motivos morales y sentido del deber]. El estudio de los problemas de la moral atraía a Kropotkin desde 1880, pero fue en la última década del siglo XIX cuando les dedicó mayor atención. Era precisamente la época en que la moral era repudiada por muchos como cosa inútil y el amoralismo de Nietzsche encontraba libre curso. Al mismo tiempo, no pocos representantes de la ciencia y de la filosofía, influidos por una interpretación literal de las ideas de Darwin, afirmaban que el mundo está regido por una sola ley general: la de la lucha por la existencia, viniendo con ello a apoyar el amoralismo filosófico.

Sintiendo la falsedad de tales concepciones, Kropotkin se dispuso a probar desde un punto de vista científico que la Naturaleza «no es amoral» y «no enseña al hombre el mal» y que, al contrario, la moral es un producto natural de la evolución de la vida social no solamente en el hombre, sino en casi todos los seres vivos, la mayoría de los cuales ofrecen ya algunos rudimentos, cuando menos, de las relaciones morales.

En 1890, Kropotkin dio en la Hermandad Ancota de Mánchester una conferencia titulada «Justicia y moral», y poco tiempo después la repitió ampliada en la Sociedad Ética de Londres. Durante el período comprendido entre 1891 y 1894 publicó en la revista *The Nineteenth Century* una serie de artículos sobre el apo-

yo mutuo entre los animales, los salvajes y los pueblos civilizados. Estos ensayos, que más tarde formaron el libro *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*,* constituyen, por así decirlo, la introducción a las concepciones morales de Kropotkin.

En 1904 y 1905, Kropotkin publicó en la misma revista dos artículos dedicados específicamente a los problemas de la moral: «La necesidad de la moral en nuestros días» y «La moral en la Naturaleza». Con algunas alteraciones de forma, estos ensayos constituyen los primeros tres capítulos del presente tomo. Por aquel entonces, Kropotkin escribió en francés un pequeño folleto con el título de *La moral anarquista*. En este folleto Kropotkin exhorta al hombre a la actividad y afirma que la fuerza no reside en la soledad, sino en la unión con los semejantes, con el pueblo, con las masas trabajadoras. En oposición al individualismo anarquista, se empeña en crear una moral social, una Ética de la solidaridad y de la sociabilidad.

Kropotkin opina que todo el progreso humano está íntimamente ligado a la vida social. La vida en común engendra, natural e inevitablemente en los hombres y en los animales el instinto de sociabilidad y de apoyo mutuo, cuyo desarrollo subsiguiente hace nacer en los hombres los sentimientos de simpatía y de afecto.

En estos sentimientos e instintos reside el origen de la moral humana, o sea, el conjunto de sentimientos morales, concepciones y representaciones, que, en último término, se transforman en la que es regla fundamental de todas las disciplinas morales: «No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti».

Pero el «no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti» no es por sí sola, a juicio de Kropotkin, la expresión íntegra de la moral. Esta regla es tan solo la expresión de la justicia y de la igualdad de derechos y no basta para satisfacer la conciencia íntegra de la moral. Kropotkin cree que entre los elementos funda-

* Publicado en esta misma editorial (N. del e.).

CAPÍTULO I

Necesidad contemporánea de desarrollar los fundamentos de la moral*

Progresos de la ciencia y la filosofía en los últimos cien años
— *Progreso de la técnica actual* — *Posibilidad de elaborar una*
Ética sobre la base de las ciencias naturales — *Las modernas teorías*
morales — *Error fundamental de los actuales sistemas éticos* —
Teoría de la lucha por la existencia; su interpretación errónea
— *El apoyo mutuo en la Naturaleza* — *La Naturaleza no es amoral*
— *De la observación de la Naturaleza el hombre recibe*
las primeras lecciones morales

ANTE LOS RESULTADOS OBTENIDOS por la ciencia durante el siglo XIX y las promesas que estos resultados entrañan para el porvenir, es preciso reconocer que una nueva era se abre en la vida de la humanidad, o que, por lo menos, esta cuenta con todos los medios para inaugurarla.

En el curso de los últimos cien años surgieron, bajo los nombres de antropología (estudio del hombre), etnología prehistórica (estudio de las instituciones sociales primitivas) e historia de las reli-

* Este capítulo fue publicado por primera vez, en inglés en la revista *The Nineteenth Century* (agosto de 1904). [Esta y todas las notas son del autor, a menos que se especifique lo contrario (N. del e.)].

giones, nuevas ramas de la ciencia que transformaron radicalmente las concepciones sobre el desarrollo de la humanidad. Al mismo tiempo, los descubrimientos en el campo de la física sobre la estructura de los cuerpos celestes y de la materia en general permitieron elaborar nuevas concepciones sobre la vida del universo; las antiguas doctrinas sobre el origen de la vida, la posición del hombre en el mundo y la naturaleza de la razón sufrieron cambios fundamentales gracias al rápido progreso de la biología (estudio de la vida) y a la aparición de la teoría del desarrollo (evolución), así como al desenvolvimiento de la psicología (estudio de la vida espiritual).

No basta decir que todas las ramas de la ciencia, con excepción quizás de la astronomía, hicieron mayores progresos en el curso del siglo XIX que en el de los tres o cuatro siglos anteriores. Hay que retroceder más de dos mil años, hasta la época del florecimiento filosófico en la Antigua Grecia, para encontrar un despertar semejante del espíritu humano. Pero ni siquiera esta comparación es exacta, ya que, entonces, el hombre no disponía de los actuales medios técnicos, y solo con el desarrollo de la técnica puede librarse el hombre del trabajo que lo esclaviza.

En la humanidad contemporánea se ha desarrollado al mismo tiempo un atrevido espíritu de descubrimiento, nacido de los recientes progresos de las ciencias. Los inventos, sucediéndose, rápidamente, uno tras otro, han aumentado hasta tal punto la capacidad productora del trabajo humano que los pueblos cultos contemporáneos han podido alcanzar un nivel de bienestar general como ni siquiera pudo soñarse no solo en la Antigüedad o en la Edad Media, sino aun en la primera mitad del siglo XIX. Por primera vez se puede decir de la humanidad que su capacidad para satisfacer todas las necesidades es superior a las necesidades mismas, que no es preciso ya someter al yugo de la miseria y de la humillación a clases enteras para dar el bienestar a algunos y facilitarles su desarrollo intelectual. El bienestar general, sin necesidad de obligar a los hombres a un trabajo opresor y nivelador,

es, ahora, posible. La humanidad puede, finalmente, reconstruir toda su vida social sobre los principios de la justicia.

¿Tendrán los pueblos cultos contemporáneos la capacidad creadora y la suficiente audacia para utilizar las conquistas del espíritu humano en bien de la comunidad? Difícil es decirlo de antemano. En todo caso, es indudable que el florecimiento reciente de la ciencia ha creado la atmósfera intelectual necesaria para que surjan las fuerzas indispensables; ya disponemos de los conocimientos precisos para la realización de esta magna tarea.

Vuelta a la sana filosofía de la Naturaleza, olvidada desde la Antigua Grecia hasta que Bacon despertó el estudio científico de su prolongado letargo, la ciencia contemporánea ha sentado las bases de una filosofía del universo «libre de hipótesis sobrenaturales y de una mitología metafísica del pensamiento», filosofía que por su grandeza, poesía y fuerza de inspiración tiene naturalmente el poder de despertar a la vida nuevas energías. El hombre ya no tiene la necesidad de revestir con ropajes de superstición sus ideales de belleza moral y su concepción de una sociedad basada en la justicia; no tiene que esperar la reconstrucción de la sociedad de la Suprema Sabiduría. Puede encontrar sus ideales en la Naturaleza misma y en el estudio de esta hallar las fuerzas necesarias.

Una de las primeras conquistas de la ciencia contemporánea ha consistido en probar la indestructibilidad de la energía, sean cualesquiera las transformaciones a que se la someta. Para los físicos y matemáticos esta idea fue una rica fuente de variadísimos descubrimientos. De ella están penetrados todos los estudios contemporáneos. Pero el valor filosófico de este descubrimiento tiene, también, gran importancia, puesto que acostumbra al hombre a concebir la vida del universo como una cadena ininterrumpida e interminable de transformaciones de la energía. El movimiento mecánico puede transformarse en sonido, en calor, en luz, en electricidad y, al contrario, cada una de esas manifestaciones de la energía puede transformarse en las demás. Y en medio de todas estas transforma-

Visión de conjunto de los fundamentos de una nueva Ética

Obstáculos que se oponen al progreso moral — Desarrollo del instinto de comunidad — Fuerza inspiradora de la Ética evolucionista — Ideas y concepciones morales — El sentimiento del deber — Dos clases de acciones morales — Significado de la actividad personal — Necesidad de la creación propia — Apoyo mutuo, justicia y moralidad como fundamentos de la Ética científica

SI LOS FILÓSOFOS EMPÍRICOS, basándose en las ciencias naturales, no han conseguido hasta ahora probar la existencia de un progreso continuo de las concepciones morales (que puede ser considerado como el principio fundamental de la evolución), ello se debe a la oposición tenaz con que han tropezado por parte de los filósofos especulativos, es decir no científicos. Con tanta obstinación negaban estos últimos el origen empírico natural del sentido moral, tanto empeño ponían en atribuir al sentido moral un origen sobrenatural y tanta era la prodigalidad con que hablaban de la *predestinación del hombre*, del *objeto de la vida*, de las *finalidades de la Naturaleza y de la Creación* que forzosamente tenían que provocar una reacción en sentido contrario. Los evolucionistas contemporáneos, después de haber probado la existencia de la lucha por la vida en varias especies del mundo animal, no podían admitir que un fenómeno

tan cruel, que tantos sufrimientos causa entre los seres vivos, sea expresión de la voluntad del Ser Supremo y negaron, por lo tanto, que en él residiera ningún principio ético. Tan solo ahora, cuando empieza a considerarse como resultado de un desenvolvimiento natural la evolución sucesiva de las especies, así como de las razas e instituciones humanas y aun de los propios principios éticos, es posible estudiar, sin caer en la filosofía sobrenatural, los diversos factores que han contribuido a dicha evolución. Entre ellos figuran la ayuda y la compasión mutuas, como fuerzas morales naturales.

Pero siendo así, es preciso reconocer que hemos llegado a un momento de suma gravedad para la filosofía. Porque tenemos el derecho de llegar a una conclusión, y es que la lección que el hombre saca del estudio de la Naturaleza y de su propia historia consiste en hacerle ver la existencia de una doble aspiración: por un lado, la aspiración a la comunidad; y por otro, la aspiración, que emana de la primera, hacia una vida más intensa. Por consiguiente, hacia una mayor felicidad del individuo y a su más rápido progreso físico, intelectual y moral.

Esa doble aspiración es el rasgo característico de la vida en general. Constituye una de las propiedades fundamentales de la vida (uno de sus atributos), sea cual fuere el aspecto que la vida revista en nuestro planeta o fuera de él. No es ni una confirmación metafísica de la «universalidad de la ley moral» ni una simple suposición. Sin un desenvolvimiento constante de la comunidad y, por consiguiente, de la intensidad de la vida y variedad de sus sensaciones, la vida misma es imposible. Esos elementos constituyen su sustancia. Sin ellos, la vida va a la disgregación y a la extinción. Es una ley de la Naturaleza.

Resulta por lo tanto que la ciencia, lejos de destruir las bases de la Ética, le da —en oposición a las nebulosas afirmaciones metafísicas de la Ética trascendental, o sea, sobrenatural— un contenido concreto. Y a medida que la ciencia penetra más hondamente en la vida de la Naturaleza encuentra para la Ética evolucionista

CONSIDERACIONES FINALES

PROCURAREMOS AHORA HACER UN balance del breve estudio que acabamos de realizar sobre las distintas escuelas morales.

Hemos visto que desde los tiempos de la Antigua Grecia hasta nuestros días, en la Ética han dominado dos tendencias. Los moralistas de la primera sostienen que los conceptos morales son inspirados al hombre por una fuerza sobrenatural y por lo tanto confunden la moral con la religión. Los pensadores de la segunda ven la fuente de la moral en el hombre mismo y tratan de emancipar la Ética de la sanción religiosa y por lo tanto de crear una moral natural. Entre los pensadores de esta tendencia hay diferencias notables, pero la mayoría de ellos reconocen que el hombre está guiado en sus actos por el deseo de *placer* y de alcanzar la *felicidad*: con este fin, el hombre hace todo lo demás. En la satisfacción de las necesidades más bajas, como en las finalidades más altas, el hombre busca únicamente el placer o la felicidad, o por lo menos la promesa de ellos para el porvenir.

Por supuesto, en todos nuestros actos, aun cuando intencionalmente renunciemos al placer para conseguir algo mejor o ideal, *aspiramos únicamente a lo que en el momento actual nos proporciona una mayor satisfacción*. Un hedonista puede por lo tanto decir que toda la moral se reduce a la búsqueda de lo agradable, incluso cuando el hombre se propone fines elevados como el bien de la mayoría de sus semejantes. Pero esto no quiere decir que al

actuar en tal o cual sentido el hombre no se arrepienta, al cabo de un instante y tal vez para siempre, de lo que acaba de hacer.

Después de lo cual resulta claro, a mi entender, que los hedonistas no resuelven nada, de manera que el problema de los fundamentos de la moral persiste.

Tampoco lo resuelven los que, criticando a los utilitaristas como Bentham y Mill, dicen: cuando el hombre domina su cólera (en vez de vengarse de la ofensa de que ha sido objeto), se evita los disgustos y reproches que su brutalidad puede despertar en sí mismo. En este caso, el hombre toma el camino que le produce mayor satisfacción y encuentra en el mismo un placer. A lo cual, un realista cualquiera puede añadir: «Ante esta determinación no puede hablarse de altruismo ni de amor hacia el prójimo. El que emprende este camino actúa como un egoísta inteligente y nada más».

Pero todo esto no nos hace avanzar tampoco en la resolución del problema. Nada nuevo sabemos sobre el origen de la moral. La cuestión sigue en pie: ¿es posible que la moral constituya tan solo un fenómeno fortuito en la vida de los hombres y en cierta medida de los animales sociales? ¿Es posible que la moral no tenga una base más profunda que la bondad humana, aun considerando que esa bondad sea útil para el hombre, puesto que merced a ella se evita muchos disgustos? O incluso: Dado que no todo insulto puede quedar sin respuesta, y que hay insultos que nadie debería tolerar, ¿es posible que no exista un criterio para distinguir los insultos graves de los insignificantes, un criterio fijo que no obedezca al humor fortuito o a la casualidad?

No cabe duda de que la felicidad suprema de la sociedad, considerada como fundamento de la moral desde tiempos remotos y todavía aceptada de modo corriente por los pensadores contemporáneos, constituye, en efecto, la primera base de la Ética. Pero es una base demasiado abstracta, lejana e incapaz de formar costumbres y conceptos morales. Por esta razón, los moralistas siempre han buscado un fundamento más sólido.